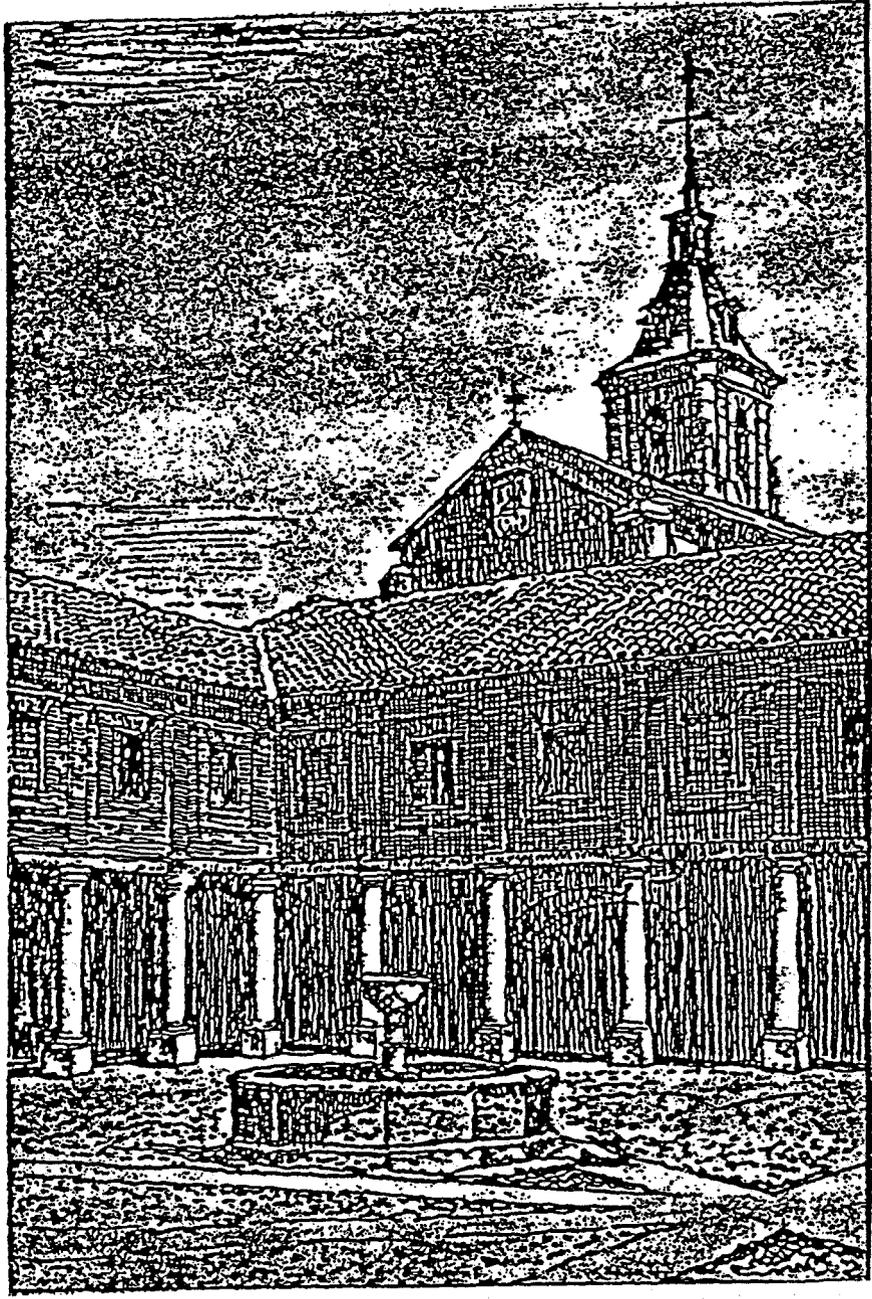


El Monasterio de El Paular



JOSE MANUEL GONZALEZ - VALCARCEL

El Monasterio de Sta. María de El Paular

*L*a Cartuja de Sta. María del Paular está situada en el incomparable marco geográfico del Valle del Lozoya que tiene una extensión de 10 km. de ancho por 25 de largo, formando un anfiteatro natural comprendiendo los términos municipales de Lozoya, Pinilla, Alameda, Oteruelo y Rascafría.

Rascafría es el verdadero centro donde convergen las comunicaciones del Valle. La carretera que lo cruza longitudinalmente que parte de la general de Madrid-Burgos enlaza con Cercedilla (por los puertos de Cotos y Navacerrada) y la que conduce a Miraflores por el puerto de la Morcuera.

El Valle es una dilatada hoya de origen glaciar rodeado del impresionante fondo de las montañas que la delimitan. Completan el escenario natural del entorno de la Cartuja, las rápidas aguas del Lozoya, que cruzan longitudinalmente el Valle y la nueva presa de la Pinilla, en la que se reflejan las cumbres de Peñalara, Malagosto, Cabezas de Hierro, el Reventón y el Cerro de los Claveles.

El Monasterio se fundó como todas las Cartujas, en sitio solitario propicio para la meditación y la vida contemplativa. La Cartuja de El Paular toma su nombre de los álamos (populus) que la rodean, citados ya en la Carta Fundacional "Cartisuoae Paularitanoe". El Valle estaba cubierto de arboleda, bosque y floresta donde existían numerosos osos, gamos, ciervos, lobos y otros animales de caza mayor, utilizándose éste enclave como cazadero real.

Se eligió este Valle para edificar el Monasterio, por ser lugar de retiro de los reyes de Trastámara, que serían sus benefactores, y donde tenían un palacio en esta zona, ya que estaba poco poblada, condición necesaria para la vida eremita y contemplativa.

Su fundación es tradicionalmente atribuida según reza la inscripción del Atrio a una cláusula testamentaria de Enrique II (de la dinastía Trastámara).

La promesa de fundar un Monasterio de La Cartuja en Castilla, no se sabe con certeza su motivación. Una primera versión es que fue por compensar a los cartujos tras los desmanes efectuados por sus tropas en uno de sus conventos en Francia, cuando don Enrique era infante y preparaba tropas para luchar contra su hermanastro Pedro I, rey de Castilla. La segunda versión se centra en motivos económicos, para devolver el dinero

prestado por la Casa Central de la Cartuja en Francia. Y una tercera, por motivos morales tras dar muerte a su hermanastro Pedro I.

Lo cierto es que tras diez años de reinado (1369-1379), muere Enrique II sin que comenzasen las obras, siendo su hijo Juan I el que cumpliría el deseo de su padre, no sin que antes, recibiera una carta del prior de la Gran Cartuja recordándosele en el año 1390.

El verdadero impulsor de la obra fue realmente su hijo Juan I, siguiendo el movimiento reformista del Concilio celebrado el año 1388 en Palencia presidido por el Papa Benedicto XII, que le impulsó a fundar los Monasterios de Guadalupe, El Paular y San Benito de Valladolid.

Desde su fundación existió siempre un palacio junto a la Cartuja destinado para residencia real de retiro y caza, sirviendo El Paular como centro de ceremonias reales, como la proclamación en octubre de 1370 por Enrique IV como heredera suya a Juana de Castilla, así como su boda por poderes con Carlos de Guyena, hermano de Luis XI de Francia, ante cortesanos de ambos países. También junto al arco de Sta. María, portada de la Cartuja, se erigió la Capilla de Exterior junto al palacio llamada de Reyes.

El rey donó los terrenos donde se levantaría el Monasterio y parte del río Lozoya en el que los cartujos se podían proveer de pesca, siendo ésta, uno de los productos básicos para su alimentación, dado que la carne estaba excluida de sus comidas. Para comenzar las obras, el rey aportó doscientos mil maravedies y para gastos de mantenimiento les adjudicó las rentas de las villas y lugares del arciprestazgo y Uille de Lozoya, más dieciseis mil maravedies por cada año.

La traza y comienzo de las obras tiene lugar el 19 de agosto de 1390 estando presente el rey y el obispo de Sigüenza, don Juan Serrano que procedió a la vendición del solar. De todo lo cual, Juan I informa al prior del Monasterio de Scala Dei (Tarragona) y le confirma su intención de llevar a término dichas obras; al tiempo que le pedía religiosos de su confianza, para que viniesen a tomar posesión del Monasterio. De este convento catalán vendría el que fuera primer prior de El Paular, don Lope Martinez, y tres monjes, pero esto ya era en 1392.

Antes, en octubre de 1390 se produjo la muerte de Juan I tras caerse de su caballo, acontecimiento que vino a complicar el normal desarrollo de las obras, pues su hijo Enrique III tenía en estas fechas once años.

En mayo de 1391 el procurador de la Orden de la Cartuja, don Lope Martínez que ya había tratado con Juan I el asunto de la construcción del Monasterio, se entrevistó en Segovia con Enrique III quien le ratificó las concesiones hechas por su padre y dio cédula para que se librasen a dicho procurador dieciséis mil maravedies cada año. La situación económica quedó completamente despejada, si a lo anterior sumamos la donación del Papa Clemente VII, que concedió los tercios del arciprestazgo de Uceda, de las aldeas de Lozoya y parte de las de Talamanca. Es a raíz de estas soluciones, cuando en 1392 los cartujos toman posesión del Monasterio de El Paular.

En 1406, Enrique III decide ampliar el palacio real ya existente y levantar una iglesia junto al convento. Tras comunicárselo al prior del Monasterio, encarga este asunto a don Pablo, obispo de Cartagena, quien contrata las obras a Gil Fernández, cantero y vecino de Valladolid, por quinientos sesenta mil maravedies, según la escritura firmada el 19 de septiembre de 1406, en Asperilla.

Para la piedra de cuño y sillares necesaria en la Iglesia, el obispo don Pablo se concertó con Alfonso, maestro mayor de la catedral de Toledo. Pero ocurre, como en el reinado anterior, que la muerte del rey (25 de diciembre de 1406) coincide con el comienzo de las obras proyectadas y en este caso el heredero, Juan II tenía sólo dos años.

Durante la minoría de edad de Juan II, sus tutores, su madre la reina doña Catalina y su tío Fernando de Antequera, hasta que pasó como rey a Aragón (1410), confirmaron la declaraciones y privilegios de los anteriores monarcas y tras la mayoría de edad de Juan II (1419), este volvió a confirmar y procuró, se acelerasen las obras, asignando algunas cantidades de dinero.

Por estas fechas, las posesiones del Monasterio se extendían por la comarca, así compraron la tabla de pesquería del río Jarama en Talamanca, y tierras de esta villa y en Torrelaguna. Con estos excedentes económicos, en 1458 se proyectaba una nueva Cartuja, idea que no cuajó hasta 1514 en que, por mediación del Gran Capitán, se fue a ubicar a Granada.

La Orden de la Cartuja

Su Fundador fue San Bruno de Colonia, quien establece el primer convento (1084) en un paraje apartado, próximo a Grenoble, llamado La Cartuja, de donde tomará el nombre.

Esta regla fue aprobada por el Papa Alejandro II en 1173 y confirmada en 1688 por Inocencio XI. La Orden nace casi al unísono que la reforma cisterciense y como ella, tiene el ánimo puesto en revitalizar la vida monacal benedictina.

Así, el tradicional lema "ora et labora" será readaptado por los cartujos, dando mayor importancia a la vida contemplativa. Imponen un silencio casi absoluto y exaltan la pobreza.

Pero esta última, se verá empañada debido al mecenazgo que ejercían los monarcas en las sucesivas fundaciones de Monasterios, que fueron, en la mayoría de los casos, lugares de enterramiento de los propios fundadores.

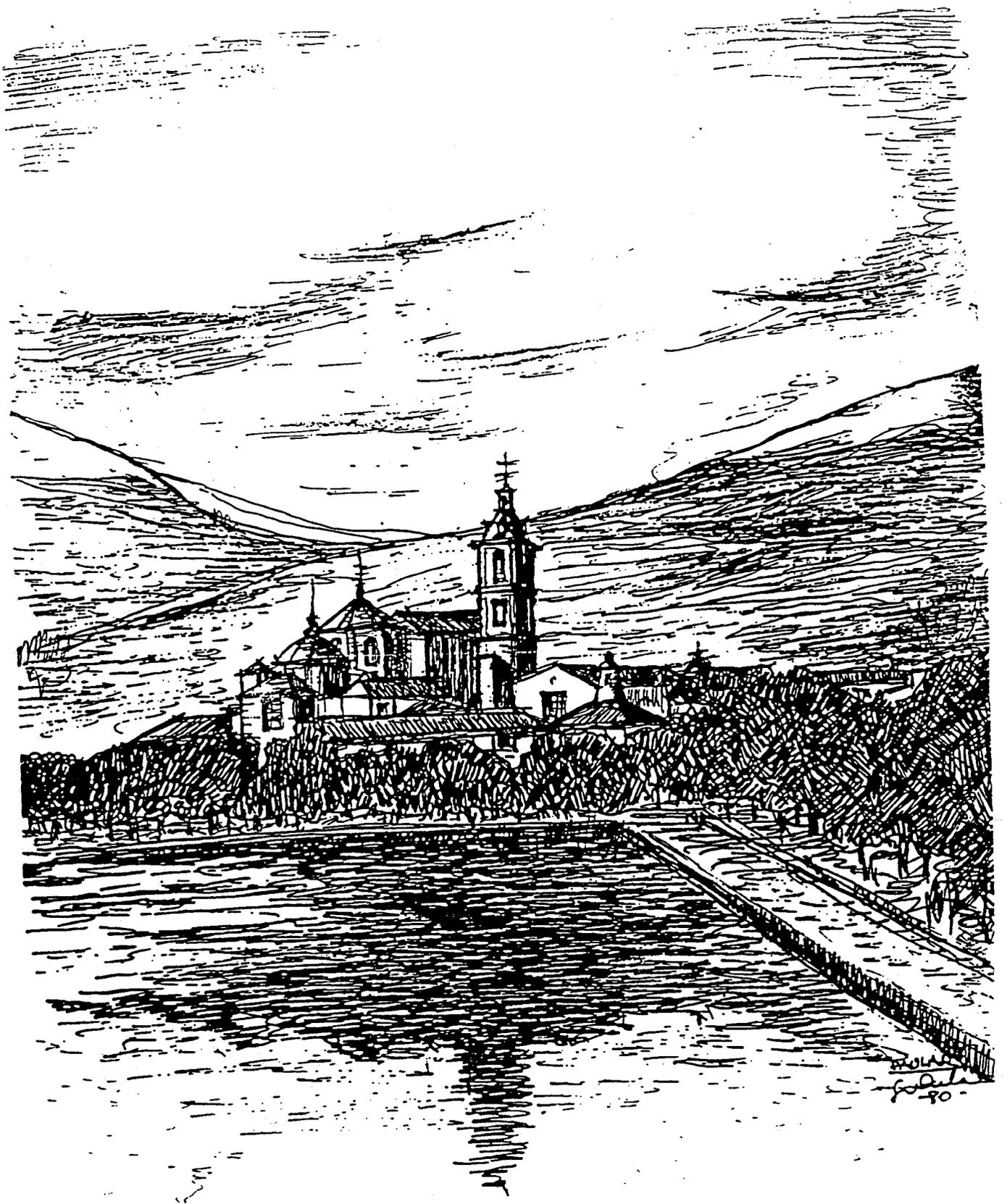
Así, el Monasterio será para gran parte de nuestros reyes, como la pirámide era para los faraones egipcios. Sin embargo, el Monasterio de El Paular es una de las excepciones, dado que los sucesivos reyes que intervinieron, descansan en otros Monasterios, como Juan II y la reina doña Isabel de Portugal, que fueron enterrados en la cartuja de Miraflores, en un sepulcro que mandó labrar la hija de éstos, Isabel la Católica, a Gil de Siloé.

Enrique III también fue enterrado en Miraflores, pero después se le trasladó a la capilla de los reyes Nuevos, en la catedral de Toledo. El que sintió cierto entusiasmo siendo joven, por descansar eternamente en El Paular, fue Enrique IV, pero al final, fue enterrado en Guadalupe.

La primera fundación de los cartujos en España, que tuvo lugar en el reino de Aragón en tiempos del rey Alfonso II, fue el Monasterio de Scala Dei, próximo a Tarragona, y que desempeñó las funciones de Casa Central para este reino, mientras que no ocurrió lo propio con El Paular, primera fundación en Castilla, que fue desbancada por la Cartuja de Miraflores (Burgos), fundada en 1404 por Enrique III.

La Iglesia, Monasterio y Palacio

El conjunto arquitectónico de la Cartuja y los restos del palacio y Hospedería, con el gracioso cuerpo de cúpulas y ábsides del Sagrario y un cierto orientalismo contemplado desde el estanque del huerto, la impresionante belleza del Claustro con su jardín arquitectónico, presidido por el templete de la fuente central y la graciosa y monumental compartimentación espacial, que



WOLA
90

desde el Patio de la Cadena a través de la majestuosa portada obra de Gil de Montañón, conduce al castizo patio del Ave Maria construido por el emperador Carlos V, gran protector de la Cartuja, produce al visitante una impresión de gran serenidad, enriquecida por el bello hastial del templo, decorado con un monumental escudo real y la esbelta torre del campanario al fondo, obra de Ventura Rodríguez.

Tiene otro acceso por la zona del palacio situado en el costado meridional del templo, a través de un patio rectangular rodeado de galerías abovedadas de cañón, seguido con aristas en los ángulos. Tiene pequeños huecos de arcos apuntados con perfil gótico. Obra de mediados del siglo XIV, de los reinados de Enrique II ó de Juan I, que conduce al Atrio de la iglesia, a través de un bello pasadizo abovedado, que va produciendo al visitante una gradación estética llena de contrastes de luces y compartimentaciones espaciales de gran belleza, preparando así al visitante para la contemplación de las riquezas artísticas que atesora el templo y Monasterio.

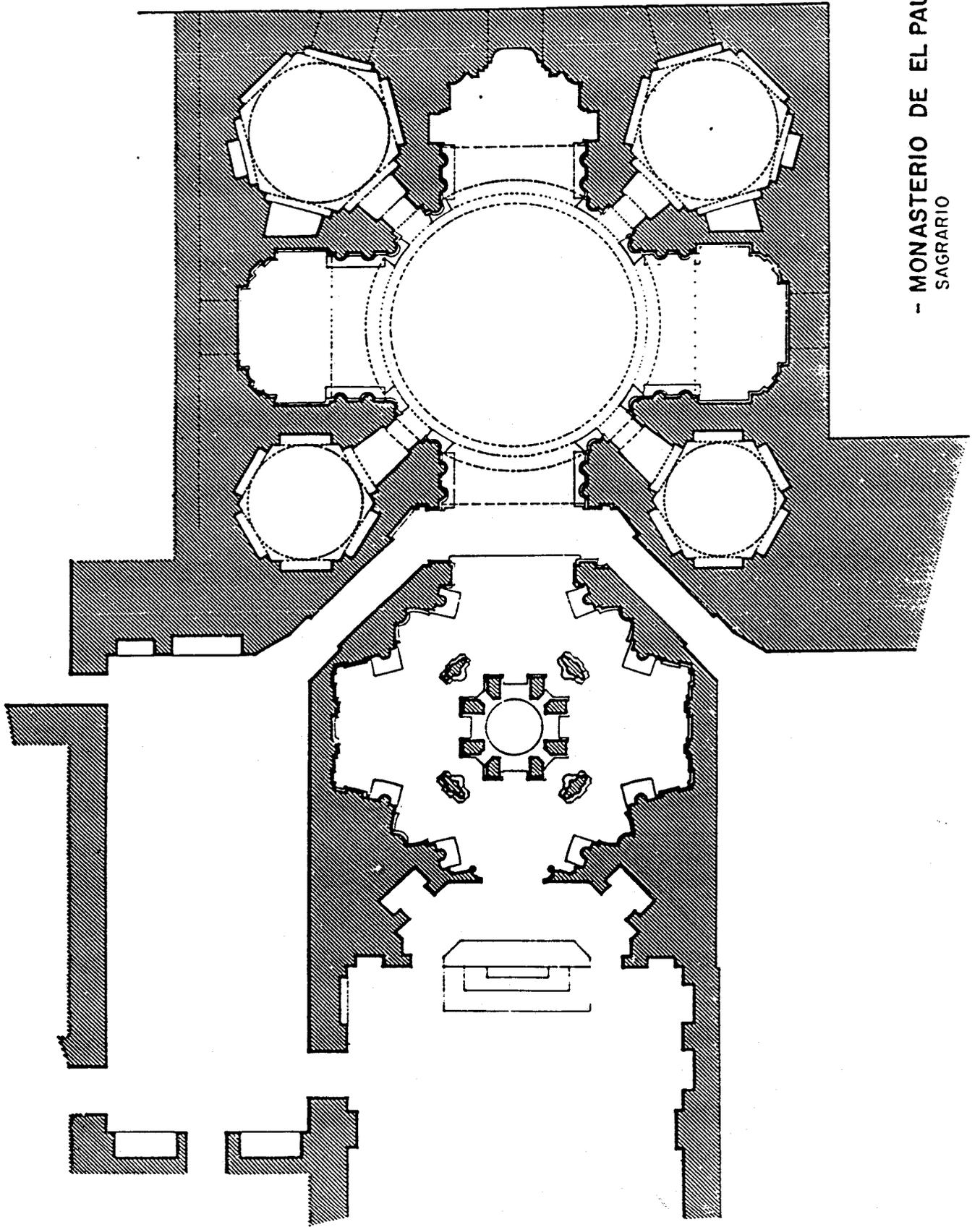
En el palacio en tiempos de Juan II, y terminado éste, en tiempos de los Reyes Católicos, se construyó un nuevo patio llamado de Juan II, que corresponde a la zona de la actual Hospedería.

La portada principal y el Atrio, son de la época de los Reyes Católicos, realizadas por artistas del grupo de Juan Guas.

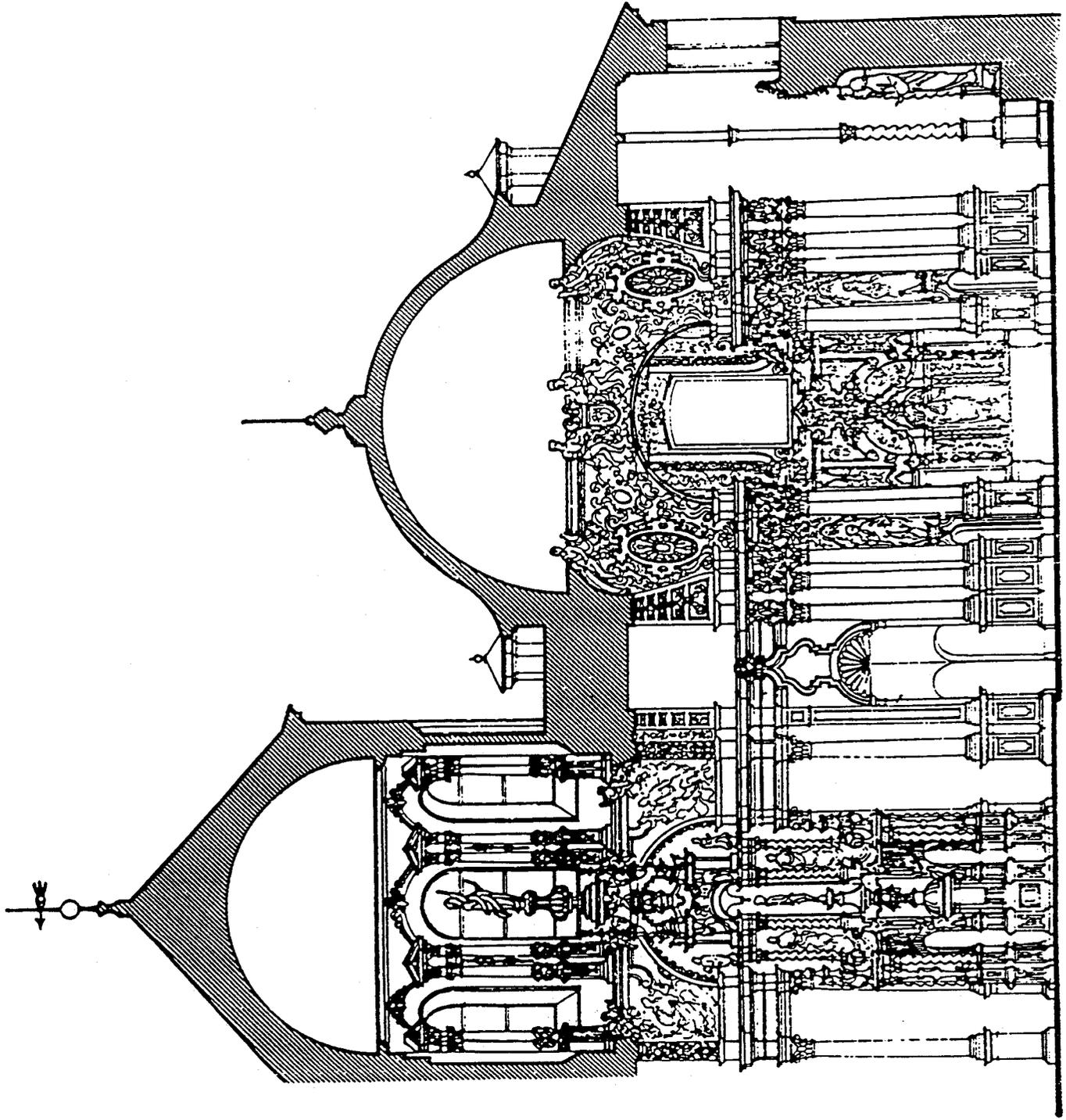
El Atrio es de planta cuadrada, con bóveda gótica de crucería. Comunica con el resto del Monasterio a través de un pasadizo cubierto con un original artesonado en piedra de gótico mudéjar. Hay un relieve de San Bruno y sus seis discípulos. En la portada del gótico florido que da entrada a la iglesia, hay que destacar en el tímpano, una Virgen con Cristo, bella escultura flamenca perfectamente enmarcada en el rico arco ojival, siendo las puertas de madera, obra ya de la reforma de siglo XVIII.

La acelerada sucesión de espacios autónomos a lo largo del eje longitudinal que constituyen la nave del templo en una sola nave (1) y ábside poligonal, la Capilla Mayor presidida por el maravilloso retablo gótico de alabastro, joya de la Cartuja, es de finales del reinado de Enrique IV, por las decorativas granadas, emblemas de éste monarca y que es obra de artistas flamencos residentes en Burgos o Toledo.

Anteriormente se tenía por obra procedente de Génova, traído por encargo de Juan II. Tiene tres cuerpos y tres calles, donde se presentan escenas de la vida de Jesús y marianas, y en el centro, bajo un calado y rico doselete dorado, la Virgen de El Paular. Detrás del Altar Mayor, y comunicado por las dos ricas puertas molduradas laterales, está el Santuario.



- MONASTERIO DE EL PAULAR -
SAGRARIO



- MONASTERIO DE EL PAULAR -
SAGRARIO

Otra puerta pequeña enmarca con bella decoración goticista y dos hojas con relieves en madera de nogal, dan paso al Claustro del Refectorio.

El delirante Tabernáculo barroco, lleno de influencias islámicas, y la capilla del Sagrario, obra de los creadores de la Cartuja granadina, el arquitecto cordobés Francisco Hurtado Izquierdo, el escultor Pedro Duque Cornejo y los pintores Palomino y Donoso, producen a los visitantes una impresión de estar inmersos en un espacio casi irreal, lleno de espiritualidad y dinamismo, que llega a su cénit al contemplar el Tabernáculo con el primer plano de su dorado y rojizo cancel de madera, con arcos mixtilíneos entrecruzados y fantásticas molduras rizadas doradas.

Este Sagrario, que forma con el templo uno de los conjuntos más ricos de España, está compuesto por dos cuerpos, el exagonal Tabernáculo, lleno de un delirante juego de luces que inundan y dan grandiosidad al rico conjunto de yeserías y mármoles del más fascinante barroquismo y la Capilla octogonal con cuatro Capillas laterales.

Predomina en el templo el estilo barroco, debido a la gran restauración que se acometió tras el terremoto de 1755.

Una hermosa verja plateresca con decoración goticista, escudos y calados copetes de gran belleza, obra de Fray Fco. de Salamanca, el autor de las de la catedral de Sevilla, próxima a la entrada, aislaba a los cartujos del

resto de los fieles. Cerca hay dos altares laterales simétricos, de estilo barroco. En los laterales del templo, antes de la desamortización, estaba la sillería del coro de los cartujos, trasladada después de la desamortización al templo de San Francisco el Grande de Madrid.

La Sala Capitular tiene un altar barroco y aquí había otra de las sillerías que en 1884 se llevaron a San Francisco el Grande (Madrid). La original planta y el gracioso juego exterior de volúmenes y cúpulas escalonadas, está interiormente decorado con valiosos retablos dorados, las extraordinarias esculturas del Duque Cornejo y finos estucos llenos de barroquismo y colorido.

Esta planta del Sagrario y Capilla, es la que da origen al gracioso juego exterior de cúpulas. Que se reflejan en el estanque de la huerta y tienen como fondo, la maciza silueta del Peñalara, dando al conjunto una original imagen y simbolismo.

El Refectorio, tiene tres tramos de bóveda gótica del siglo XV, obra del maestro toledano Alfonso, destacando el Púlpito del lector y los rebancos y mesas que cubren las zonas bajas, obra del maestro Gabriel Gali, carpintero de Segovia. Presidiéndola, hay un Calvario policromado del siglo XV.

El "Claustrillo" da acceso al Refectorio y está decorado con un zócalo de azulejos de Talavera. En su pared, hay una fuente de mármol y al lado, una puerta que conduce a la escalera de la torre.

Otra pieza importante del Monasterio, fue la biblioteca, cuyos primeros libros se enviaron del convento de Scala Dei (1394). En sucesivas adquisiciones, intervino el rey, que asignó diez mil maravedies, a pagar cada año mil, para incrementar los fondos de ésta biblioteca. Cruzando el corredor que da acceso a ésta, nos encontramos en los claustros, donde las bóvedas de sus cuatro alas tienen distinta forma. Esta obra se atribuye a Juan Guas, por su inconfundible estilo y porque consta que viajó entre 1484 y 1486, al pueblo cercano de Rascafría, con el fin de dirigirles. Este Claustro estuvo decorado por 56 pinturas de Vicente Carducho, realizadas entre 1628 y 1632 y en las que se representaba la vida de San Bruno y de su Orden, recogidas algunas, en varios museos españoles. A este Claustro, dan las puertas de las celdas de los cartujos, que tenían cada una, un trozo de huerto para trabajar en él.

En el Patio-Cementerio, eran enterrados los cartujos, sin ningún signo externo, para no dejar huella; sólo hay un sepulcro que guarda los restos mortales del obispo de Segovia, don Melchor Moscoso (30 de agosto de 1632).



En el centro de este Patio-Cementerio, hay un templete octogonal con cuatro puertas, y las mismas ventanas con arcos ojivales. En su interior hay un surtidor o pequeña fuente.

La huerta, defendida por un muro de unos cinco metros de altura, tiene una extensión de 7,7 hectáreas y en su interior, hay un estanque y pequeñas charcas donde se crían abundantes truchas. En el centro de la huerta hay una estatua de cuerpo entero del rey Juan II.

La Cartuja de El Paular, fue conocida con el nombre de "Cartuja de Sotos Albos", siendo citada por vez primera en la Crónica de mosén Diego de Ultera.

La Cartuja, que ya había sufrido los daños del terremoto del siglo XVIII, con la Desamortización de 1835, y el consiguiente abandono por la Comunidad, se vendió en pública subasta por 100.000 pesetas a numerosos propietarios, quienes la destinaron a usos indignos, transformándose las celdas del Claustro en cuadras y almacenes de aperos de labranza, degradándose sus Claustros, patios y dependencias conventuales, desapareciendo sus libros, los cuadros de Carducho se disgregaron por el país y las espléndidas sillerías del coro fueron a decorar la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid, llegando incluso a utilizarse el Monasterio como almacén de maderas.

El templo, Sagrario y Sacristía, las zonas del Refectorio, Sala Capitular, biblioteca y Sala Prioral, sufrieron grandes daños, agravados por las guerras y la incuria de los hombres, a tal extremo, que para salvarlo de una ruina cierta, se inició por la Dirección Gral. De Bellas Artes un expediente de expropiación por utilidad pública, pudiéndose rescatar la Cartuja, tras largas y laboriosas gestiones e iniciarse su restauración y rehabilitación.

El estado de la Cartuja al comenzarse los trabajos, tras unas obras de exploración arqueológica que permitieron definir la obra original, era desastrosa.

El patio del *Ave Maria* en ruina parcial, el templo con las cubiertas hundidas y las bóvedas en muy mal estado, así como la zona del Sagrario, la Sacristía y el palacio, el interesante Refectorio con una de sus bóvedas hundidas y los rebancos y mesas perdidos en su mayoría, la interesante cocina conventual con su importante bóveda de ladrillo y linterna en muy mal estado y el resto de las zonas conventuales hundidas en su mayoría, excepto la zona de la celda del prior, que ocupara temporalmente la Escuela de Paisajistas, aunque la biblioteca estaba en muy mal estado y el chapitel de la celda y Sala Prioral en peligro de hundimiento.

El llamado patio de Juan II muy desfigurado por añadidos de comienzos de siglo y el gracioso Claustriillo barroco, obra de la restauración

realizada después del terremoto, sin cubiertas de protección. Completaban este desolador aspecto, la zona del huerto con el estanque grande y las galapagueras inutilizadas y las interesantes captaciones y conducciones de agua para riego y abastecimiento del Monasterio inservibles, así como el Patio de la Cadena, con sus grandes cerramientos semidestruidos y los jardines del Claustro perdidos.

El Patio de la Cadena, con arbolado abundante y una fuente, nos conduce a la portada principal, que comunica con el patio del Ave María.

Esta portada de estilo plateresco, es de tiempos de Carlos V , que está decorada con las estatuas de San Juan, la Virgen y San Bruno, resguardadas por un arco abocinado decorado con casetones renacentistas.

Están representados los escudos de los Trastámara, pues se tenía por costumbre respetar los símbolos de los fundadores. Antes de esta puerta, a la izquierda, está la capilla de los reyes, con bóveda de crucería.

Las obras se iniciaron con la limpieza de escombros en la zona declarada monumento nacional, templo, Sagrario y Claustro gótico pudiendo definirse en una minuciosa exploración arqueológica, la zona del palacio y el interesante patio gótico del siglo XIV.

Desde el principio de la restauración de la Cartuja de El Paular, se pensó en el nuevo destino del Monumento. Teniendo en cuenta su interés como ejemplo de Monasterio-Palacio, tan característico en España y Portugal, su maravilloso emplazamiento en un entorno natural de excepcional belleza y la perfecta integración en el mismo de la Cartuja, su situación en las cercanías de la capital y en una ruta de gran interés artístico, próxima a los Monasterios de San Lorenzo de El Escorial y Cuelgamuros, se proyectó la restauración y rehabilitación de modo que pudiera volver a ser foco religioso y cultural del Valle del Lozoya.

En la zona conventual, al no poder volver los cartujos por la actual crisis de vocaciones, se restauró de modo que volviera a ser ocupado por una Comunidad religiosa, ofreciéndose la Orden Benedictina, de gran tradición en el campo de la liturgia y el arte, para mantener un culto adecuado a la importancia histórica y artística del Monasterio.

Para ello, inicialmente se restauró una zona del Claustro, ampliándose posteriormente los trabajos de rehabilitación al resto de la Cartuja, valorando sus joyas más destacadas, el templo con su bella portada y retablo, el Sagrario, Claustros y Refectorio y Sala Capitular, contando en la actualidad con una Comunidad numerosa y una buena escolanía especializada en Canto Gregoriano.

Hospedería-Parador

A la zona del contiguo palacio, cuya rehabilitación era necesaria para mantener el característico conjunto de Monasterio-Palacio, se pensó en darle un destino de Hospedería turística, con la dignidad debida a su antiguo uso.

Inicialmente se instaló un Parador en las crujiás del Patio de la Cadena, y en el de Juan II, al que se devolvió su traza original. Su éxito fue tan grande, que una vez avanzadas las restauraciones del templo, Sagrario, Claustro gótico y la zona conventual con el espléndido Refectorio, uno de los mejores de España, su monumental cocina, repartidor y dependencias, Sala Capitular, Claustriillo barroco, con una importante colección de cerámica de Talavera y el resto de crujiás del Claustro gótico, destinada a la Comunidad benedictina, se proyectó ampliar la Hospedería, restaurando y completando el patio del Ave María, alrededor del cual se amplió el Parador, con una zona de residentes y turismo, otra con circulación independiente para convenciones, provista de salas de reuniones, con los medios necesarios de traducción simultánea e incluso con comedor independiente y salas de recepción, de estar, bares y dependencias anexas comunes.

La planta baja de la antigua Hospedería que da al Patio de la Cadena, una vez restaurado su jardín, se dedicó a los visitantes no residentes en el

Parador. Con sus zonas de comedores, bares y servicios correspondientes, independientes del resto del Parador, para evitar interferencias entre las circulaciones de visitantes y residentes.

La zona de cocinas y servicios correspondientes, con instalaciones de alta calidad, se creó en una zona central, con fácil acceso a las distintas áreas del Parador, lo que obligó a restaurar el Patio de don Juan II y el del Atrio del templo, al que se accede fácilmente a través de la sala de estar del Parador, teniendo otro acceso exterior independiente desde la zona del Patio Gótico del siglo XIV, que se restauró a través del pasadizo abovedado, ordenándose unas zonas ajardinadas y de aparcamiento, para los visitantes del Monasterio independiente del Parador propiamente dicho.

Toda la rehabilitación de esta importante zona del Monasterio, se ha cuidado al máximo en los detalles del mobiliario y decoración, realizándose con diseños especiales ambientados con la Cartuja, decorándose con obras de arte que recuerdan la serie de pinturas de Carducho, que decoraron en tiempos el Monasterio.

En este marco natural incomparable y pudiendo contemplar las joyas artísticas de la Cartuja y la liturgia solemne de la Orden, se ha podido cumplir el lema benedictino, celebrándose en El Paular, reuniones de carácter filosófico y artístico o convenciones internacionales de alto nivel, reuniones de mesas redondas sobre temas culturales y socio- políticos e incluso convocados por la

Administración e instituciones privadas, que han devuelto a El Paular su tradicional renombre entre los Monasterios españoles, cumpliendo al mismo tiempo el Parador, su misión de centro turístico de primer orden.

Personajes vinculados con el Monasterio

A parte de los reyes ya mencionados, que intervinieron directa o indirectamente en su edificación, debemos citar al emperador Carlos V, que lo visitó en 1542, y le causó tan honda impresión, que en los momentos difíciles, el emperador confiaba en las oraciones de sus cartujos. Entre las reinas destacan: doña Catalina de Castilla, esposa de Enrique III; doña Leonor de Alburquerque, esposa de Fernando I de Aragón; doña María, hija de Carlos V. Entre los escritores, este paisaje fue cantado por el arcipreste de Hita (siglo XV), quienes alabaron la "fermosura" de las serranillas; Gaspar Melchor de Jovellanos escribe la epístola de Fabio a Anfriso, donde describe El Paular, Rubén Darío, con su Poema de Otoño, que es un canto a la paz de estas tierras.

